

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 204.

Alicante 24 de Octubre de 1874.

Año V.

LA CUESTION RELIGIOSA EN EUROPA.

Entre los muchos ataques y terribles diatribas con que un dia y otro dia los revolucionarios y los demagogos pretenden herir al Catolicismo—que á veces llaman ultramontanismo, cuando á sus fines conviene los principales pueden resumirse en estas dos proposiciones tan absurdas como contradictorias:

1.º El Catolicismo ha muerto.

2.º El Catolicismo, sostenedor de todas las tiranías, se prepara á reñir su última batalla contra la libertad.

Excusado es que nos detengamos en refutar la primera. La mejor prueba de la vitalidad y del vigor del Catolicismo está precisamente en los vanos esfuerzos de sus contrarios.

Pero más falsa y más calumniosa, si cabe, es la segunda proposicion, y como quiera que en ella insisten, sin embargo, nuestros adversarios con señalada complacencia y sin dar paz á la mano se afanan en presentarla como verdad inconcusa, fuerza es ya para nosotros volver por los fueros de la razon y demostrar lo absurdo de semejante ataque.

Bástanos para ello dirigir una rápida ojeada á los diferentes países de Europa y examinar lo que en cada uno de ellos

significa el partido católico, y cuál es por ende la tendencia y la significacion del partido anti-católico.

¿Qué significa el partido católico en Polonia? El grito de libertad é independencia de una nacion generosa contra el inicuo despojo y la envilecedora opresion. ¿Qué significa en Alemania? En el país de Posen, lo mismo que en Polonia, de que como es sabido formaba parte; en el resto, la libertad de conciencia y la dignidad humana contra la arbitrariedad y la tiranía. ¿Qué es en Alsacia-Lorena? La razon contra la fuerza, la independencia contra la brutal conquista. En Irlanda es la protesta de un pueblo oprimido y estenuado contra la persecucion política y religiosa mas larga y mas terrible que han visto los siglos. En Francia es la tendencia monárquica perfectamente compatible con todas las libertades, é igualmente opuesta al cesarismo corruptor y á la *Commune* desenfrenada. En Roma el derecho contra la violencia, la autoridad justa y paternal ejercida en interés de doscientos millones de católicos contra la pérfida ambicion de unos pocos. En Bélgica, por último, es la independencia nacional contra el extranjero, la monarquía constitucional contra la demagogia, teniendo los católicos el legitimo orgullo de que á ellos

principalmente deba su patria esos dos grandes beneficios.

De propósito no hemos hablado de España, y la razón es muy obvia. En una nación en que de diez y seis millones de habitantes no hay, de seguro, doscientos mil que profesen otra religión ó que no profesen ninguna, es evidente que no puede existir partido católico, pues si existiera claro está que no habría quien pudiera contrarestarle.

Lo que sí existen son católicos que se inclinan ya á unos, ya á otros partidos, y la mayor insensatez de el Gobierno sería obligarles á fuerza de injusticias y vejaciones á que se unieran en una sola y compacta aspiración política á la par que religiosa. Lo que sí existe, además de una fracción considerable que por un sinnúmero de concausas se ha lanzado á la pelea, es una gran masa de católicos pacíficos y laboriosos que lamentan profundamente que la palabra libertad sea por muchos considerada como sinónima de persecución religiosa.

¿En dónde, pues, está el Catolicismo unido á la tiranía? ¿Dónde, por el contrario, no es valeroso adversario, ó noble víctima de la opresión y del despojo? ¿En qué país riñe esas soñadas batallas contra la libertad? ¿Será en Inglaterra, donde después de una larga y sañuda persecución logró por medios pacíficos el *bill* de emancipación ó tolerancia, á cuya benéfica sombra ha aumentado el número de sus prosélitos en pocos años de una manera realmente inaudita? ¿Será en América, donde mientras tanto que el Papa declara ante los peregrinos de los Estados-Unidos, que esa gran República es uno de los pocos países que verdade-

ramente le acatan y le respetan como Pontífice, y mientras otra República, la del Ecuador, puede considerarse como modelo de Estados cristianos, es solamente el imperio del Brasil el que oprime y encarcela á sus Obispos, porque en cumplimiento de su deber se niegan á aprobar asociaciones condenadas por la Iglesia?

Ya lo hemos visto. En todas partes el partido católico representa la justicia, el derecho, la libertad, la independencia contra el despojo, la conquista, la opresión y la tiranía. Y esta es precisamente la causa de los implacables ataques que se le dirigen.

El Catolicismo, que se aviene perfectamente con todas las formas de gobierno, monarquías constitucionales ó absolutas, repúblicas aristocráticas ó democráticas, no puede transigir con una que no es verdaderamente forma de gobierno, puesto que no puede realizar la justicia, á saber, con la tiranía; tiranía de abajo ó de arriba, llámese el que la ejerza Bismark ó Napoleon I, ó bien tenga por nombre la Convención francesa ó la *Commune* de París.

No; el Catolicismo no puede transigir con la tiranía en ninguna de sus manifestaciones. La revolución desencadenada y la opresora dictadura son igualmente censurables para él, porque la violencia es la antítesis del derecho y la arbitrariedad es incompatible con la justicia.

De aquí la saña pertinaz, el odio encarnizado con que revolucionarios y déspotas persiguen á nuestra Santa Religión. Unos y otros están convencidos de que en ella han de encontrar un obstáculo invencible á sus inicuos planes y

propósitos, porque, como dijo el ilustre Padre Lacordaire, «mientras exista una alma justa con atrevidos labios, el despotismo está inquieto; se agita y sospecha que el universo entero conspira contra él.

L. E. C.

UNA VELADA,

INTERLOCUTORES.

A.—1.—Alexander.

B.—2.—Bernardus.

C.—3.—Caius.

D.—4.—Disertus.

E.—5.—Edgardus.

A.—Vengo en busca de la verdad.

B.—Natural deseo. Solo que la verdad, como el bien, andan errantes por el mundo.

A.—No es tan cierto el aforismo. Desde luego aseguro que no es general el extravío de las inteligencias.

C.—Si me fuera permitido, daría mi voto en la materia.

D.—Claro es que todos pueden hablar en discusiones libres. Si á esto se añade que la discusión es pacífica, no cabe duda en la conveniencia de emitir juicios propios.

E.—Es verdad. Pero aún dentro de la amistad es peligrosa la discusión. Suele empezar con templanza y acaba por diceríos.

A.—De todo hay. La cuestión no es absoluta. Así como el error y el mal no dominan el mundo por completo, tampoco las pasiones logran siempre malear los buenos intentos.

B.—Lo cierto es que aun el parecido engaña, pues á cada paso encontramos dos personajes difíciles de retratar, á saber, el falso amor á la verdad y la moderación simulada.

A.—Muy adelante va el criterio. Antes de todo pedia el orden concretar la cuestión para valorar en justicia el razonamiento.

B.—No me parece mal la advertencia; sin embargo, la sentencia es general y aplicable por tanto á materias de cualquiera especie.

A.—Convenido. Mas requiere la impaciencia humana que desde luego se establezca el punto en cuestión.

B.—Precisamente *en busca de la verdad* es menester referirse á principios comunes.

C.—Opino por la discusión sin preámbulos.

D.—Ni tampoco se entiende como ha de haber siquiera los cumplidos de academia. Aun con solo decir—*no habrá exordios*, ya está hecho el exordio.

E.—Resulta, pues, que no parece bien la nimiedad. Se puede pecar por exceso y también por defecto.

C.—Ganar tiempo siempre es conveniente, y más ahora que el vapor y la electricidad se disputan el imperio del mundo.

E.—Preciso es conocer que las cuestiones de origen no se evacúan sin datos ni se resuelven sin citas. Por otra parte, sabido es que la mala gramática embrolla la buena filosofía, y la mala filosofía engendra la teología trastornadora.

B.—Se me ha adelantado E. Justamente coinciden sus observaciones con lo que indiqué poco há.

D.—Cierto. Ya nos vamos entendiendo.

A.—Os invito á responderme. ¿Hay algun hecho por el cual se pueda venir en conocimiento de la verdad católica?

E.—Los hay infinitos en número, en clases y especies diferentes.

A.—Pues ¿cómo esa variedad es desconocida por los que no creen, por los que dudan, por tantos como porfían contra el Catolicismo y por mil otros que, fingiéndose amigos, lo hieren adormeciendo los dolores que le hacen sufrir?

D.—*Fiat lux*. Consiste en que la impiedad es multiforme, á saber, desdeñosa, altanera, insolente, agresiva, adusta, intratable, insidiosa, porfiada, penderciera, egoista y, pudiéramos decir, ceji-junta.

C.—En verdad que desaparecen los rodeos. ¡Ruda franqueza la del preopinante! Creo, sin embargo, que hay hombres entendidos, cultos, corteses y moderados, que de buena fe impugnan el Catolicismo como sistema de doctrina.

D.—Dejo intacta la cuestion de honranza, máxime refiriéndose el caso á personas determinadas; mas hay que advertir que el Catolicismo no es un sistema, sino un conjunto de verdades reveladas por Dios, del cual es depositaria la Santa Iglesia católica. De modo que en él está la verdad que busca A., y que mil varones ilustres encontraron examinando de buena fé, y sometiéndose á creer cosas sobrenaturales, auxiliados de evidentes motivos y razones invencibles, poderosos agentes de la docilidad en creer, don de Dios.

E.—¿Pero es cierto, ó no lo es, que existe un número considerable de perso-

nas honradas que de buena fé impugnan el Catolicismo.?

D.—¡Dificil cuestion! Aparte del concepto indefinible de la honradez, hay otro que encierra misterios que no es dado al hombre penetrar. El que descuella entre todos es el de buena fé. ¿Quién puede sondear los abismos del corazon humano? ¿Quien se atreveria á descifrar los móviles de un procedimiento moral? ¿Quién puede juzgar lo que abriga una conciencia en accion, sean sus hechos religiosos, morales ó politicos? Y no teniendo á mano recursos de esta especie, la cuestion quedará siempre insoluble. Solo que enseñan buenos, doctos y santos maestros la doctrina consoladora de que un hombre de buena fé, á saber, un hombre recto que buscara la verdad, hallaria quién se la revelara aunque viviera en las selvas. De modo que, supuesta la rectitud natural, lícito es declarar que no existen tales personas con tal carácter y con el propósito de impugnar la verdad.

E.—No me parece mal la explicacion. Por de pronto se deja en paz á la honradez y á los honrados; se justifica la Providencia de Dios; se celebran las infinitas misericordias y quedan en saludable oscuridad los adorables misterios de la gracia.

D.—A esta doctrina se referian en globo mis indicaciones sobre la naturaleza del Catolicismo; siendo de notar que en él se encuentra la solucion clara y terminante de mil cuestiones que nunca resolverá la razon aislada de la fé, y mucho menos si la contradice.

C.—Pero vamos adelante. Dado que existan hombres de probidad y claros

ingenios que impugnen el Catolicismo, ¿no se podría excusar su actitud en determinados casos, á saber, cuando hay abusos injustificables en el modo y forma de tratar las cuestiones religiosas?

E.—Me permito terciar en el debate, diciendo que ante todo y sobre todo está la caridad, que es paciente, benigna y todo lo trueca en bien. Por otra parte, no se juzga con rectitud cuando por abusos reales ó ficticios se declara guerra á una institucion. Además, los hombres probos deben hacer profesion de serios y formales, evitando cuestiones peligrosas y ocasionadas á escándalo; y mal cuadra la circunspeccion con la ligereza de exponer al público hechos que, en vez de edificar, perturban la posesion legítima.

En todo caso, maestros, doctores, tribunales y jueces competentes hay en la Santa Iglesia, á quienes se debe acudir en consulta, en queja ó en forma de juicio.

A.—Prudente modo de buscar el remedio en la verdad. Pero semejante lentitud puede originar males sin cuento, por ejemplo, el de diferir la correccion, dando pábulo indirectamente á los que abusan de su encargo ó ministerio.

B.—Todo cabe en la posibilidad; mas en casos dudosos hay menos inconvenientes, no solo en diferir la correccion, sino en dejar de castigar un delito, que en castigar al inculpable. Conviene, pues, oír á los acusados y permitirles escusas y defensa, honrando así á la justicia, á la verdad y á la caridad. El contrario procedimiento seria arbitrario, y la Iglesia católica condena toda clase de imposiciones arbitrarias y todo género de opresion y tirania. En esto consiste el nervio de su

jurisprudencia social, hija legítima de la moral santa é invariable que enseña.

C.—Sin embargo, eso mismo hace la *moral universal*, sin aparato de jueces ni de tribunales.

D.—Bien se disculpa esta irreflexion en personas sencillas. La *moral universal* es una quimera. No tiene origen, no está regulada ni es regulable; y al significar que no há menester jueces ni tribunales, harto se indica que la mencion de *moral universal* es simplemente un resabio de lenguaje más pegado al oído que al entendimiento y al corazón. No hay moral sin ley que la determine, ni prevaricacion donde no hay ley clara, explícita, bien articulada y conocida.

A.—Ya que no baste la *moral universal*, ni su concepto sea claro, al menos bastaria la ley natural.

D.—La ley natural no quedó abolida al establecerse el Cristianismo, ántes bien fué perfeccionada, en términos que la ley evangélica es como una sancion de la ley natural, santificada y sellada con la sangre de Jesucristo, quien la elevó al órden sobrenatural que dá forma á la familia y sociedad cristianas. Si la ley natural prohíbe robar, matar, decir falso testimonio y mentir, la ley evangélica confirma tales prohibiciones, ordenando además el amor á los que aborrecen y á los enemigos, el perdón de las injurias, y considerando hermanos á todos los hombres sin distincion de tribus, de razas, de judío ni de griego ó gentil. De modo que el Cristianismo es la enseñanza de toda ley, de todo bien y de cuanto el mundo intelectual y moral há menester para su dicha y progreso.

A. — ¡Si! ¡Pero tambien progresan las naciones disidentes!

B. — Suele acontecer en verdad que los paises separados de la Iglesia católica adelantan en civilizacion, digámoslo así, material y positiva, como en invenciones ingeniosas, en la ciencia de la política y en el arte de la guerra; mas todo esto sucede con mayor razon y con mas delicada jurisprudencia en las regiones católicas. Solo que cuando estas son ingratas á los beneficios del Catolicismo se estragan y paganizan, pierden entonces hasta el mérito natural que suelen conservar los paises protestantes bien regidos y gobernados, en premio de cuyas virtudes naturales reciben de la Divina Providencia mercedes del mismo orden; resultando siempre que cuanto mas perfecta es la ley y mas cumplida su observancia, más excelentes y mas abundantes bienes reporta la sociedad. De modo que es necesario atender, no solo á los hechos, sino á su principio generador; y claro es que entre pueblos católicos desmoralizados por completo y pueblos no católicos que guardan alguna disciplina exterior conforme á la rectitud natural, en estos mas que en los primeros ha de haber adelantos físicos y material progreso. Son la forma del orden y de la justicia, aun naturales, forma y justicia que serian acabadas, observando fielmente la enseñanza católica.

C. — Resulta, pues, que sin el Catolicismo pueden ser felices las naciones.

D. — Es verdad. Las naciones pueden alcanzar bienes materiales y lograr dichas mundanas sin el Catolicismo; pero esto solo afecta á una mitad del hombre, y á su dicha menos noble, que es la satis-

faccion de goces materiales. Pueden mantener el orden material y disfrutar la paz; mas tales cosas llevan consigo un germen de perturbacion.

Son el orden impuesto y la paz reglamentada, la paz del yugo, siempre recelosa, no *la paz en la tierra de buena voluntad*. Cuando ese orden y esa paz dejen de parecer convenientes á los intereses materiales, al punto será objeto de iras y de agresion desalmada aun la vida de los ciudadanos. En una palabra; la disidencia aspira al dominio de la sociedad por el interés y la utilidad; el Catolicismo engrandece las naciones por medio de la abnegacion y del sacrificio, fuentes purísimas del patriotismo.

A. — Sin embargo, parece que al mas puro patriotismo deben seguir las mas señaladas victorias; y bien hemos visto á naciones protestantes vencedoras de naciones católicas.

B. — Medítese bien sobre esto. Las naciones que conservan restos del Catolicismo indudablemente aventajan en disciplina á otras donde la incredulidad y el excepticismo logran prestigio. El orden engendra orden, y la obediencia produce maravillas. ¿Quién duda que la incredulidad es mas trastornadora y culpable que el protestantismo, su ascendiente? Sin fé no hay lealtad, ni confianza, ni valor; todo es recelos y sobresaltos. Sin religion no hay seguridad imaginable.

A. — Calificaba D. á la piedad de intratable, porfiada, pependenciera.... Pues bien; hay hombres que nada creen, que desprecian las cosas santas y con sonrisa maligna desdeñan toda religion positiva, y no obstante, son dulces, amables, tem-

plados, cultos, amigos de la paz, en una palabra, personas decentes. No es, pues, tan corriente que la impiedad sea adusta.

E.—Entiendo que hay exactitud en las calificaciones de nuestro interlocutor *D.*, como la hay en los hechos á que alude *A.*, pero todo con su cuenta y razon. *D.* habla de lo que es naturalmente anejo á la impiedad franca, y *A.* de un género de impios, personas de seso, de peso, de número y de medida, que todo lo refieren á sí mismos.

Son á la vez templo, ídolo y sacrificadores del amor propio. La dulzura les atrae amigos, evitándoles disgustos; la amabilidad les conquista estimacion pública; la templanza les proporciona larga vida, haciéndoles pasar por varones probos y de buen acuerdo; la cultura les da fama de ilustrados y corteses; de tal modo que, calculando lo que hacen por sí mismos y para sí mismos, se comprende fácilmente lo que quitan á Dios, á saber, hasta qué punto es refinada su impiedad. No son, pues, tercos, ni temerosos, ni aparecen intratables, porque el impio, cuando llega á lo profundo, todo lo desprecia. Solo cuida de sí propio. Saben pecar ingeniosamente y con método.

C.—¡Cierto, cierto! Así hubo muchos y claros varones en el paganismo. Echaban sus cuentas, y muchas veces les salía bien la de hacer buenas obras y practicar virtudes del orden en que vivian; pero tales buenas obras y tales virtudes, que en verdad ni son pecados ni vicios, llevan en sí mismas el premio que merecia el motivo con que se practicaban. Buscábase por la templanza longevidad de vida, aplausos por las limosnas que se hacian,

honor y gloria mundanos en recompensa del amor á la pátria, y de ordinario se logró el intento. *Receperunt mercedem suam.* De donde es permitido inferir, que si tales obras buenas se hubieran referido á Dios y se hubieran practicado por motivo y con medios sobrenaturales, el premio, que es la vida eterna, habría correspondido al mérito de las acciones. Las mismas obras buenas de suyo, á no ser viciadas por el fin á que se dirigian, hubieran tenido recompensa providencial.

D.—Así es, porque *sin fé es imposible agradar á Dios*; sin Dios nada puede el hombre en orden á su salvacion. Con Dios todo lo puede en el orden sobrenatural, y Dios no abandona á los mismos infieles que hacen cuanto está de su parte para salvarse.

A.—Quiere decir, que cuanto mas excelente es el fin y mas elevado el motivo de las acciones humanas, tanto mas excelente y elevada es su recompensa; pero que á su modo, en su orden y relacion, tienen su premio las buenas obras en el orden natural.

E.—De todo punto cierto. Como lo es que, obligadas las naciones católicas á la práctica de la ley de gracia, lo están por consiguiente á la observancia de toda ley justa, de toda rectitud, de toda sumision y obediencia. De donde toma su dignidad y su conveniencia el orden social, nunca más asegurado que entre los justos.

C.—Al fin pudimos entendernos sobre una materia no siempre traída con oportunidad ni tratada con asiento. Es mas; entiendo que esta doctrina y sus aclaraciones conduce grandemente á explicar

la máxima inconcusa de que *fuera de la Iglesia católica no hay salvacion.*

D.—Es verdad de mucho consuelo para todos, fieles é infieles; resultando evidentemente que, habiendo muerto por todos el Salvador del mundo, á todos les da medios suficientes para conocer la la verdad y alcanzar la eterna salvacion.

C.—Por cierto que parecia extraña y dura la máxima indicada sin la conveniente explicacion, dado que juzgan muchos que los católicos excluyen de la bienaventuranza á los infieles inculpables y á los hombres rectos que, ó no han podido salir de las preocupaciones de secta ó de herejia en que fueron educados, ó intentándolo fueron prevenidos por el juicio de Dios.

A.—Sobre este punto dijo *D.* lo bastante en el curso de la conferencia.

C.—Basta por hoy. Cuando hay amor á la verdad, no es menester afanarse por buscarla; ella sale al encuentro.

El Obispo de Jaen.

Fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes, 25 de Setiembre de 1874.

(De La Defensa de la Sociedad)

MOVIMIENTO CATÓLICO.

CARTA DE SU SANTIDAD PIO IX

al Dean del Cabildo de Paderborn.

Habiendo anunciado el Canónigo Peine, Dean del Cabildo de Paderborn, al Santo Padre la prision del Obispo de aquella diócesis, monseñor Conrado Mar-

tin, Su Santidad se ha dignado contestarle con la siguiente carta:

PIO IX, PAPA.

A nuestro amado hijo el Canónigo Peine, Vicario general de monseñor el Obispo de Paderborn.

SALUD Y BENDICION APOSTÓLICA.

Hemos leído, amado hijo, la triste y dolorosa noticia que Nos habeis anunciado, viendo en ella como se renuevan los destinos de la Iglesia en su origen como se cumplen las predicciones de nuestro Divino Maestro y se repiten los heroicos ejemplos de los Obispos de la antigüedad cristiana. Si no podemos menos de ver con el corazon lleno de amargura las multas y el encarcelamiento de Nuestro Venerable Hermano, vuestro Obispo, en cambio admiramos su fidelidad y su perseverancia y adoramos los designios de la Providencia Divina, que por estos medios fortifica los corazones de los fieles, promueve las confesiones de la fé católica y prepara grandes dias para su Iglesia, hermoseándola con tan brillantes triunfos.

Como se trata más bien de una victoria que de una derrota, Nos sentimos impulsados, aun cuando esta persecucion Nos causa grandes amarguras, á felicitar al ilustre Obispo, así como á la muchedumbre de fieles que con este motivo se han apresurado á prodigarle, con la frente alta y á la faz del Universo entero, el testimonio de su respeto y de su adhesion. Os felicitamos muy particularmente á vos mismo, á quien ha escogido para su representante el Obispo de Pa-

derborn, porque teneis las cualidades necesarias para cumplir esta triste mision en situaciones tan dificiles. Felicidad de Nuestra parte al Clero y á los fieles de vuestra diócesis; exhortadlos en Nuestro nombre para que se unan en espíritu y corazon á su ilustre Obispo y á vos, su representante, en estos tiempos de tentacion.... Nos, imploramos vivamente para vuestro gran Obispo, para vos y para vuestra diócesis los mas eficaces auxilios de la gracia de Dios. Sea la bendicion apostólica que Nos le concedemos, así como á vos y á toda la diócesis de Paderborn, una muestra de nuestro particular afecto.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 17 de Agosto, año veintiocho de nuestro pontificado.

Pio, P. P. IX.»

M. Falk, el ministro de Cultos prusiano, viaja actualmente por Italia, y se asegura que el principal objeto de su excursion á este pais es organizar en él la persecucion de la Iglesia, del mismo modo que en Alemania. Citase, en comprobacion de esta verdad, el hecho de la prision del Obispo de Mántua, monseñor Rota, que parece se ha verificado á instancia suya.

La *Westphalische Volksblatt* publica una carta de monseñor Martin, el Obispo de Paderborn, fechada en 16 de Setiembre, y dirigida al Presidente ó gobernador de la provincia, en la que el venerable Prelado contesta con la más absoluta negativa á la excitacion que se le habia he-

cho para que resignase sus funciones episcopales.

Ha llamado mucho la atencion en Inglaterra un articulo sobre el ritualismo que acaba de publicar M. Gladstone en la *Contemporary Review*, encaminado, segun se cree, á atenuar los efectos de la conversion del marqués de Ripon.

Dando cuenta de él, dice un periódico protestante, el *Morning-Post*: «Cuando recordamos que uno de los mas eminentes y estimados colegas de M. Gladstone ha entrado recientemente en la Iglesia católica, es muy satisfactorio para el pais ver que el primer ministro afirma categóricamente la imposibilidad de romanizar la Iglesia anglicana.»

Peregrinacion en Brujas. — Esta ciudad posee desde el año 1148 una parte notable de la preciosa sangre de Nuestro Divino Salvador, que fué llevada allí por Thierry de Alsacia, conde de Flandes, y es objeto de una continua romeria, especialmente en la primera quincena de Mayo.

El domingo 30 de Agosto último, en la octava de San Luis, patrono de los terciarios franciscanos, ha sido esta reliquia objeto de una ovacion extraordinaria. Los terciarios belgas, con otros muchos franceses, vinieron á orar allí por la Iglesia y la sociedad; y el señor Obispo de Brujas hizo que la preciosa reliquia saliese en procesion, que siguió la carrera que hacia tres siglos no habia andado, dando la vuelta al rededor de la ciudad por los boulevares. Miles de terciarios precedian y seguian la santa reli-

quia, llevada por Mr. Weemer, Vicario general.

Para el 20 de Setiembre estaba anunciada otra romería, á que acudirían los zuavos pontificios belgas, ingleses y franceses.

Se anuncia un libro importante del Capellan M. Vanhaacke, titulado *La Preciosa Sangre* en Brujas, que solo costará un franco.

La Semana Católica, de Niza, refiere la conversion de una familia inglesa protestante, los Sres. de Elwes, ricos propietarios de Norshampton, que iban ya á marcharse de allí y entraron casualmente en la capilla de las Ursulinas, en el momento en que un sacerdote explicaba familiarmente las palabras aquellas: «No hay mas que un solo pastor y un solo rebaño.» Impresionado por esta explicacion, M. Cary Elwes, al salir de la capilla, dió la órden de recoger los equipajes, que tenia ya en la estacion, y se fué á ver al Sacerdote que acababa de escuchar, para que le instruyese como á toda su familia en la Religion católica. Un mes despues, todos abjuraron en la misma capilla, en presencia de los condes de Reincourt, de los Sres. de Bonneville, y otros muchos testigos.

Por decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos de 11 de Junio, publicado el 26 de Agosto, se extiende á toda la Iglesia el culto de San Bonifacio, Arzobispo de Mayenza, fijándose su fiesta el 5 de Junio: fué el gran Apóstol de Alemania, donde sufrió el martirio.

VARIEDADES.

LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO.

Paráfrasis de una parábola escrita en francés, por L. de Jussieu.

Sobre un empinado cerro, al pié de fuerte castillo, y desde las azoteas de un ancho caseron, estaba un quidam mirando hácia el valle que á lo lejos y á vista de pájaro descubria.

Allá, en lo más hondo, se hallaba un segador amontonando sus haces junto al respiradero de una mina.

Y como el viento sopla en las alturas, y se cuela sutilmente por los oídos...., el de arriba, un tantico aventado, decia:

«¡Qué pequeños son ante mí los hombres que hormiguean por el llano! Aquel de la hondonada es tan pigmeo, que apenas le distingo. ¡Ya se vé! ¡Como yo soy tan alto! El pobre se comparará conmigo, y estará patitieso, mirándome y diciendo: «¡Que señoron tan grande!!!»

Sabido es que los humanos, al medir su elevacion, no suelen tomar en cuenta la del pedestal á donde los encarama la intriga ó los empina la fortuna.

Cuando más engreido estaba el señoron con su grandeza, cátese que sintió hácia el cogote una humedad extraña. Llevóse prontamente lamano al cerviguillo, y con mayor prontitud la sacudió exclamando: «¡Qué porqueria!»

Era que desde la torre del castillo un personaje más empingorotado, para significarle su desprecio, le habia escupido encima de la nuca, como quien dice: «Allá va eso para su alteza.»

Pequeñeces de los grandes, ó más bien de los engrandecidos, que al subir á un alto puesto escupen ó miran por encima del hombro á los que dejan un poquito más abajo. Como si no supieramos todos que allá mucho más arriba... los primeros serán los *últimos*, y esto para castigo y humillacion de los soberbios.

—¡Qué insolencia! prorumpio el del terrado, dirigiendo al de la torre una mirada de basilisco. Deja, deja que yo suba, y verás si te hago escupir los dientes.

—¡Já, já, já, jaah! ¡Facilillo es eso! decía el encastillado, creyéndose al abrigo de cualquier tentativa.

Pero al asomar la cabeza, ¡patapúm! ¡zas! se le vino encima un peso que á poco le acogota.

¿De dónde podia venir aquel imprevisto y oportuno golpazo? Fácilmente pudo inferirlo.... Un globo se balanceaba en el espacio... En la barquilla elevábase un intrépido aereonauta, y este se habia entretenido en arrojarle desde las alturas uno de los talegos de arena y casquiyo que llevaba por lastre.

—¡Vagamundo! ¡Tunante! ¡Aventure-rol! ¡Quién fuera buitre para sacarte los ojos! gritaba el de la torre desgañitándose mientras el del globo, sin hacerle caso, iba subiendo, subiendo, y ensanchándose al ver que tenia bajo sus pies al mundo entero.

A todo esto el labrador, mirando á los de arriba, figurábase que por aquellas alturas todo era tortas y pan pintado. Enviadiabale al del globo su extraordinaria elevacion, al de la torre su predominio, al del terrado su comodidad.

—¡Con qué descanso toma el fresco!

decia refiriéndose al mas vecino..... ¡Qué á gusto me hallaria yo sentado en su azotea! Por esta hondonada no corre un pelo de aire. ... ¡Por alli sopla de lo lindo! ¡Asi están repartidos los bienes y los males! Para los de arriba, las anchuras, el mando, los honores, las comodidades, el lujo y los placeres; para los de abajo, la estrechez, la servidumbre, los desprecios, las privaciones, la indigencia y los trabajos. ¡Y luego extrañarán que yo les envidie la suerte! Lo extraño fuera que alguno envidiara la mia.

—¡Bienaventurados los que se calientan al sol! ¡Dichoso el que pisa las yerbas del campo! exclamó repentinamente un hombre que trabajaba dentro de la mina.

—¡Válgale Dios! ¡Y con qué poco se contenta mi vecino! prorumpió el labriego acercándose á escuchar el soliloquio del minero. Este decia:

—¡Triste cosa es vivir como los topes debajo de la tierra! En estas profundidades estoy como encerrado en un sepulcro, y hasta el aire que se respira huele á muerto.

—¡Pobrecillo! Tiene mucha razon, dijo el oyente olfateando la boca de la mina. Esta boca es mas oscura que la de un lobo. ¡Y despide un alienta que apesta.

—¡Qué diferente vida pasa el campesino! decía el otro, cansado de hacer siempre una misma cosa. En la variedad está el gusto, y sus tareas son tan variadas, que no le dan lugar á fastidiarse. Ya labra el surco, ya escarda los trigos, ya recoge las espigas, ya estiende la parva y maneja el bieldo, ya sube al trillo y se pasea como un señor en su coche.... Ya coge la pala y ¡zas! allá van los granitos bailando por un lado y la paja menuda

por el otro. De veras lo digo: si yo fuera labrador, no cambiaria mi suerte por la del Papa.

—¡Oiga! exclamó el labriego. ¿Conque tan dichosa es mi suerte? ¡Y yo no lo conocia! ¡Este hombre acabará por convencerme de que soy un majadero! Desde ahora, en vez de compararme con los de arriba, me compararé con los de abajo, y daré gracias á Dios porque me ha colocado en medio de los unos y los otros.

Al decir esto, miró al cielo, y vió que las nubes se habian ido ennegreciendo, el sol estaba eclipsado, las aves aturdidas revolaban casi á flor de tierra; oyose un ruido lejano, y de improviso estalló la tormenta.

El globo, sacudido por encontrados vientos, amenazaba rasgarse, y el hombre que se habia remontado en él, de muy buena gana hubiera cambiado su elevadísima posicion por la del humilde operario de la mina.

Una sierpe de fuego hendió los nubarrones y deshizo el globo. La incendiada barquilla rodó por el vacío, y el aéreo navehante cayó en los derrumbaderos de la montaña.

El rayo hirió tambien la torre y al que estaba empinado en ella. Una de las desquiciadas piedras fué á caer encima del terrado, dañando gravemente al hombre que allí estaba.

El segador, al ver aquello, santiguóse, agachó la cabeza, y aunque no pudo salvarla del chubasco, dióse por muy bien librado á costa del susto y de la mojadura, pues, como el decia, el agua no rompe huesos, y en llegando al pellejo escurre.

Cuando el minero llegó á saber que la tempestad habia pasado por encima de su cabeza, ya el sol habia enjugado los haces y la ropa del campesino....

No envidien los de abajo á los de arriba; las grandezas del mundo se pagan á tanto el metro; los peligros, los azares y los destronamientos sirven de numerario... La felicidad huye del ambicioso que la busca en alto puesto; mas fácil es hallarla en el fondo de una conciencia pura. Vivir contento en el estado mas humilde, conformarse con la voluntad de Dios, hé ahí el gran secreto de la filosofía. Ella nos dice que cuanto mas alta es una torre, mas cerca está del rayo.

Consuélese los pequeñuelos del mundo; en sus revueltos mares suelen irse á pique los navios y salvarse las chalupas de la costa.—*Micaela de Silva.*

(De *La Hoja Popular.*)

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial á las nueve y cuarto misa conventual. Por la tarde predicará en la novena del Arcangel San Rafael D. Mariano Angelo Borja, canónigo de la misma; y en los dias siguientes D. Andrés Oliver, teniente cura; don Antonio Miravete, canónigo; D. Francisco J. de Guimbeu, vicario de la Virgen de Gracia; D. José Carratalá, teniente cura; D. José Juliá, capellan de las Agustinas, y D. Vicente Morell, teniente cura. En Santa María misa mayor á las nueve. En la Virgen de Gracia misa de renovacion á las ocho.

Mártes.—En las Agustinas misa de renovacion á las ocho.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovacion á las seis y media, y por la tarde á las cuatro el trisagio.

Sábado.—Vigilia de todos los Santos y ayuno. En la Colegial misa de renovacion á las ocho.